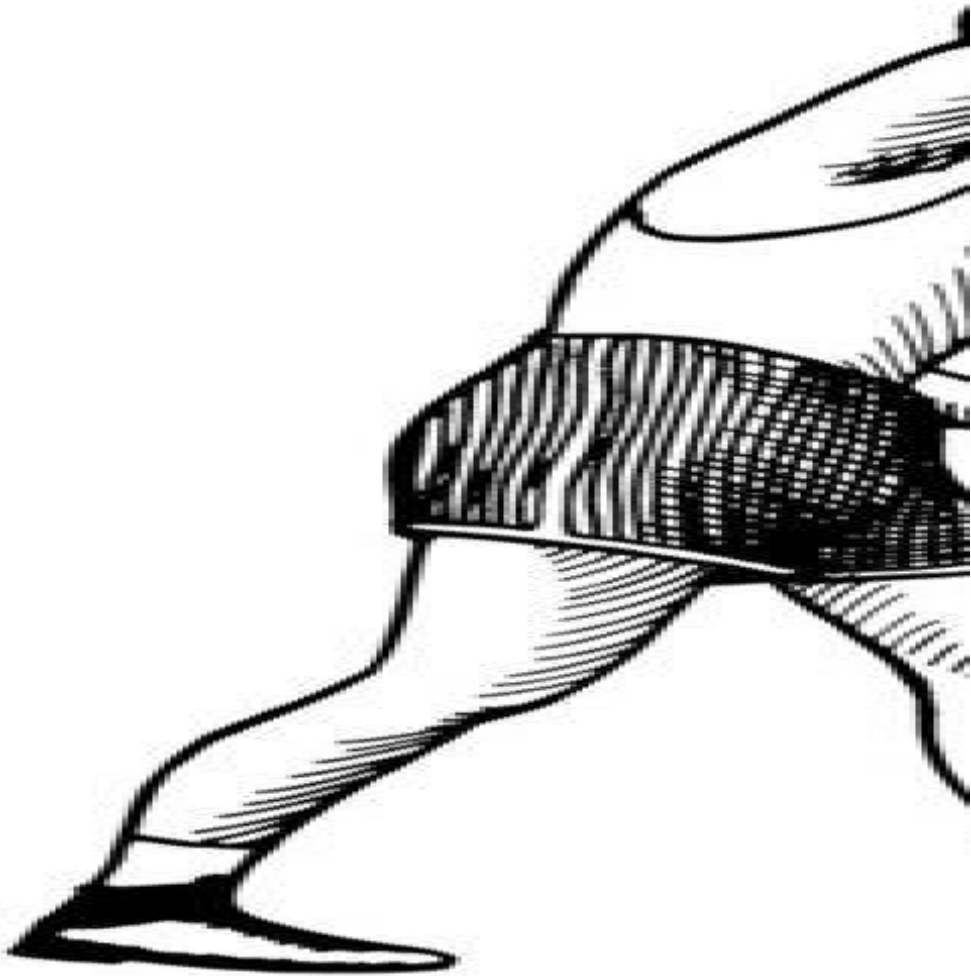


CRUDO

A M



Capítulo 1

Humedad y polvillo era lo que abundaba en el ambiente. Las telas absorbían olores, sudor, humo de tabaco. Todo mezclado, enmarañado en el galpón donde un puñado de jóvenes promesas brillaban ante la atenta mirada de viejos lobos cazadores de talentos, periodistas, entrenadores, médicos. es decir, gente de deporte.

Los rayos de sol se colaban por los ventanales y evaporaban cada gota de agua que caía al piso del ring. Allí estaba el torito. En un rincón observando el panorama entre maravillado y temeroso, otra vez hundido en los suburbios pesados de la ciudad pero esta vez buscando una oportunidad de gloria.

Las piernas temblaban de a ratos por lo que decidió sentarse en un banquito de madera mientras observaba el combate de la esperanza de la ciudad, Mario "el hierro" Benitez practicaba con un delgado hombre de unos 35 años que a simple vista parecía que se dejaría caer a propósito para evitar la golpiza. El hierro era un peso pesado que ganó la mitad de sus peleas antes del tercer round.

El torito pensaba en retirarse pero la alucinación por lo que a través de sus retinas percibía lo mantenían inmóvil. Los flashes de las cámaras de fotos explotaban sobre el maravilloso cuerpo del campeón. "El nuevo Tyson" comentaba un canoso y arrugado locutor que transmitía en directo el entrenamiento para una radio local.

Cuando por fin se decidió a marcharse, una voz gastada y grave por el tabaco y la bebida le gritó: -eh! tú, el moreno. Ven aquí, vas a combatir o no?, el torito se volteó tímidamente y se dirigió hacia el ring. A su izquierda en una mesa bebían vino dos viejos que murmuraban y con una sonrisa de costado, como con malicia socarrona, parecía burlarse.

Mientras le colocaban unos sucios y húmedos guantes, el viejo entrenador le aconsejaba dejar todo en el cuadrilátero puesto que su desempeño determinaría si podría entrenar junto al equipo del gimnasio que combatía cada fin de semana en los torneos amateurs de la ciudad. - Aquí no estamos jugando niño, si tienes miedo, vete, no tenemos tiempo que perder.

Su oponente era un jovencito de su misma edad, solo que con una madurez física y actitudinal de quién a corta edad a sobrevivido a experiencias duras y amargas. Fibroso, delgado y apenas mas alto que el torito, intimidaba su mirada sagaz y penetrante, junto con sus movimientos eléctricos.

Sonaron la campana y rápidamente, como un animal salvaje, Martillito, como se conocía al rival, acertó dos golpes a cada lado de la cintura. El torito pareció despertar y de a poco perdía el temor, sus piernas aflojaban progresivamente y se desplazaban con soltura. El también supo desenvolverse en la calle después de todo.

Martillito lo acorraló contra las cuerdas, pero el Torito acertó un impacto contundente en el cabezal que protegía el craneo del rival. Su confianza estaba muy por encima. Ensayo un par de movimientos rápidos de cintura como había visto a sus ídolos por televisión y el viejo desde afuera lo felicitó.

Iban casi dos minutos de combate cuando una efectiva combinación por parte de Martillito, abdomen abdomen zurda al cabezal y derechazo al menton, hicieron que nuestro púgil se desparramara sobre la lona caliente y resbaladiza.

En cinco minutos estaba en la calle, sin saber como, dirigiéndose a su casa. Un hilillo de sangra corría desde su nariz. Después de todo estaba feliz por la experiencia que compartiría con sus amigos del barrio, claro que modificaría detalles del combate a su favor. Con una sonrisa gigante pensaba que mejor haría caso a su madre y volvería a estudiar.